

PERIODISMO, ¿HISTORIA PARA EL FUTURO?

Manuel de Ramón Carrión
Pedro Paniagua Santamaría
Universidad Europea de Madrid

Antes de entrar en la materia de esta comunicación, sería interesante definir de forma somera qué se entiende por periodismo, quién es periodista... y también quién no es periodista. El periodismo es la actividad humana que consiste en transmitir las noticias que genera la actualidad diaria. Por extensión, periodismo también es el análisis de las consecuencias que determinadas noticias pueden tener en los distintos ámbitos sociales. Pero conviene resaltar que éste es un análisis inmediato y carente de la necesaria perspectiva que requiere el ejercicio de las ciencias históricas.

El periodismo no es la historia del presente, porque si hablamos de presente difícilmente podemos hablar de historia. El diccionario de la Real Academia admite hasta 10 acepciones de la palabra "*historia*", pero ni aún en la forma más libre, ninguna puede ser entendida como la narración o el análisis del tiempo presente. Un periodista es el profesional que busca las noticias y las comunica a la sociedad. En contra de lo que pretenciosamente han afirmado algunos respetados colegas, no creemos que el periodista sea "*el notario de la actualidad*" ni tampoco un historiador del día a día. El trabajo del periodista es más modesto, se limita a poner al corriente de lo que ocurre al resto de la comunidad, al resto de la sociedad. Si para ello necesita efectuar análisis de las consecuencias y trata de prever lo que puede

ocurrir, no por ello dejará de ser periodista. Posteriormente, serán las noticias, es decir los acontecimientos que han sido transmitidos a la sociedad, las que irán haciendo la Historia. Esas noticias, esos acontecimientos, se convertirán en los ladrillos con los que se construye la historia, si tienen la suficiente trascendencia.

El periodista debe tener muy en cuenta que su oficio es el de buscar y transmitir noticias. Un periodista no se convierte en un economista, un médico o un historiador, por muy especializado que esté en estos campos o en otros, incluso aunque su otra profesión sea la de economista, médico o historiador, porque en el momento en que se dispone a transmitir noticias de esas actividades, deberá tener en cuenta que lo hace para toda la sociedad y no para sus colegas, como podría hacerlo en cualquier revista de tipo científico o gremial. Y ya sabemos que en este país llamado España, casi todo el mundo tiene dos profesiones: la suya y la de periodista.

A partir de aquí, podemos concluir que quien quiera actuar como un auténtico periodista, deberá dejar de lado su otro oficio, aunque sólo sea temporalmente o en “horario laboral”. Por decirlo claramente, un periodista no puede ser un historiador del presente, pero si un historiador se dedica a “historiar ese tiempo presente”, tendrá que dejar de ser historiador para convertirse en periodista. De lo contrario, sólo escribirá para otros historiadores, para los estudiantes de la carrera y para los aficionados a la Historia, que aunque son muchos, siempre serán una minoría en comparación con el resto de la sociedad.

Además de la tradicional faceta informativa, el periodismo tiene ahora otra más moderna, cual es la interpretativa. A veces, el periodista tiene que interpretar las claves de la actualidad, pero no utiliza los instrumentos científicos de que dispone el historiador. Sí es cierto que el periodista puede hacer una investigación diaria, incluso puede efectuar una que dure meses o incluso años, todo depende del dinero del que disponga y de las prisas de su empresa por publicar. Y en esta investigación periodística puede emplear determinadas técnicas que son muy similares a las de los investigadores de la Historia, pero sería muy pretencioso creer que una investigación periodística sirva para escribir algo así como la “microhistoria” de cada día. Todos estamos cansados de ver cómo muchas de las noticias que salen a la luz gracias a la investigación periodística caen en el olvido rápidamente, a pesar del re-vuelo y de la aureola “histórica” con que se les rodea para facilitar la venta de diarios y revistas o para aumentar la audiencia de las emisoras de radio y televisión.

Las técnicas periodísticas de investigación tienen un cierto paralelismo con las que emplean los historiadores. Básicamente, la investigación periodística se apoya en las entrevistas con los protagonistas y en la consulta de textos y documentos. Si alguien quisiera contar la “historia secreta”, por emplear un término muy periodístico, de la tregua de la banda terrorista ETA, parece lógico que debería entrevistar a quienes la negociaron y la decidieron, pero también tendría que consultar los documentos y comunicados internos de la organización, si tiene acceso a ellos, y también documentos de distintos partidos políticos, como PNV, Euskal Herritarrok, Eusko Alkartasuna, PSOE, PP, etc.

Pero hay que tener en cuenta dos cosas muy importantes. La primera es que apenas hay perspectiva para comprobar si la tregua será definitiva –ojalá que así sea– y, por tanto histórica. En segundo lugar, el periodista tiene que efectuar su investigación en unos pocos días o, incluso en unas pocas horas, lo que le quita mucha credibilidad científica, que no informativa, a su trabajo.

Independientemente de la falsa literatura o el afán “peliculero” que cada uno quiera echarle a su trabajo para hacerlo más atractivo –con búsquedas de documentos en las papeleras o el pago de borracheras a las posibles fuentes informativas–, lo único cierto es que la investigación periodística deberá basarse en esa consulta de documentos y en las entrevistas a los protagonistas, que por regla general suelen estar vivos (una ventaja que tienen los periodistas frente a los historiadores). La contemporaneidad con que casi siempre se efectúa la investigación permite conocer más de cerca a quienes han vivido los hechos investigados y presuntamente históricos. Aquí podríamos citar los casos Watergate y GAL, si es que éste puede ser considerado realmente un ejemplo de investigación periodística y no simplemente un caso de mera transcripción de documentos filtrados por determinados personajes. Precisamente, en este caso, el del GAL, es donde podría hablarse de la necesidad de que pase el tiempo, de que haya una perspectiva histórica, para poder averiguar los entresijos de toda esta “historia”. Y aquí, permítasenos poner la palabra historia entre comillas.

En esa misma línea de aprovechar las ventajas de la contemporaneidad, los periodistas también pueden convertirse no sólo en investigadores, sino también en coprotagonistas o partícipes de los hechos investigados. Pueden incluso crear situaciones para demostrar determinadas hipótesis. Aunque desde una perspectiva

más sociológica que histórica, deberíamos citar aquí el trabajo del periodista alemán Günter Wallraff, quien durante un año se hizo pasar por un inmigrante turco para demostrar el trato racista que se dispensaba en Alemania a los trabajadores extranjeros. El resultado fue su libro “Cabeza de Turco”, espléndido título para una obra donde se ponía de relieve que los inmigrantes tenían que realizar los trabajos más duros y arriesgados. Y todo ello con menos derechos laborales y teniendo que afrontar la indiferencia, cuando no el desprecio, del resto de la ciudadanía.

Pocos días después de la publicación de este libro, la periodista Maruja Torres, entonces en *Diario 16*, imitó la labor de Wallraff, aunque con un horizonte y unos resultados mucho más modestos. Torres se disfrazó de gitana y se infiltró en un poblado madrileño de esta etnia. El objetivo era doble. Por un lado se trataba de demostrar el rechazo... o el desprecio... o la indiferencia de la sociedad “paya” hacia los gitanos, y por otro, la situación de inferioridad en que viven las mujeres gitanas frente a los hombres de su propia familia.

Sin duda, los dos objetivos de Torres se cumplieron, pero la brevedad del tiempo que duró la experiencia le privó de buena parte del valor científico que pudiera tener. Y es que el coste económico y personal que tiene una labor de este tipo resultan sin duda muy difíciles de soportar.

Pero el periodismo de investigación tiene una segunda faceta que no se refiere tan sólo a la actualidad más inmediata. Se trata de la investigación de los hechos que ocurrieron en un pasado relativamente reciente. Por ejemplo, cuando comenzó la Transición, resultaban muy frecuentes los relatos de la represión que sufrieron los republicanos y los militantes de los partidos de izquierda a medida que las tropas franquistas iban “alcanzando sus objetivos militares”.

Eran historias sobre fusilamientos, encarcelamientos masivos y juicios sumarísimos a los que los historiadores oficiales del régimen jamás habían aludido. El trabajo del periodista en este caso consistió muchas veces en entrevistar a las víctimas o a sus familiares. En otras se limitaban a divulgar los trabajos de los historiadores independientes que ya habían explicado estos casos en obras que apenas habían tenido repercusión en España antes de 1976, bien por estar prohibidas o bien por su escasa difusión.

En este caso, el mérito de esos trabajos periodísticos, insistamos en el adjetivo “periodístico”, consistió en su función de amplificar aquellos relatos, aunque difícilmente su labor tuviera una consistencia mínimamente científica en la inmensa mayoría de los casos. Hay que reconocer que ese esfuerzo de recordarles la historia a quienes la vivieron y de enseñársela a quienes no la vivieron nos salvó de la tentación de repetirla. Un privilegio, sobre todo si nos comparamos con otros pueblos como los balcánicos, donde a base de salvajadas ahora algunos creen que están tomándose la venganza de las salvajadas que sufrieron sus mayores hace 50 años. A nadie se le escapa que las revanchas actuales constituyen la semilla para que la próxima generación busque nuevas venganzas y así se mantenga ese ciclo infernal que no conduce a ninguna parte.

En la actualidad, el periodismo sobre el pasado reciente tiene también un campo muy interesante de trabajo, puesto que ese pasado se nos ha hurtado en casi todos los temas. Por ejemplo, una labor de divulgación histórico-periodística sería el conocimiento de los sucesos de Ifni. La guerra de Ifni, en los años 50, en plena dictadura, apenas fue conocida por los españoles, algunos de los cuales sufrieron directamente o en sus familias las causas de aquella extraña contienda. La propaganda oficial permitió que se informara muy poco sobre ella. Apenas una fotografía de Carmen Sevilla actuando ante los soldados españoles en Africa. Desde luego, el historiador que quiera basarse en los periódicos de la época para trabajar va a tenerlo muy difícil.

Otro tema interesante para el periodismo de investigación sería el de la independencia de Guinea Ecuatorial, que el pasado 12 de Octubre celebró sus 30 años como estado soberano. Todavía quedan muchos políticos vivos, por ejemplo Manuel Fraga Iribarne, que protagonizaron aquel hito y que deberían contar su versión, porque ni los historiadores franquistas oficiales, ni los periodistas oficiales del régimen aportaron nada que nos ayude a comprender las actuales paradojas, como que España no fuese invitada en octubre a los actos del trigésimo aniversario de la independencia ecuatoguineana, aunque podemos imaginárnoslo.

Y así podemos seguir citando temas recientes que apenas han sido tratados por los historiadores, pero que seguro que interesan a muchas personas. Por ejemplo, la participación de España en la guerra de Vietnam, en misiones humanitarias, fue investigada por dos alumnos de la Universidad Europea de Madrid en un ejercicio de clase más que interesante y que les llevó varios meses de trabajo.

Pero los periodistas deberíamos hacer todos estos trabajos de divulgación histórica teniendo muy presente el viejo refrán de “zapatero a tus zapatos”. Como veníamos a decir al comienzo, el hecho de rescatar la memoria histórica no significa que un periodista se convierta de repente en historiador, porque su trabajo, el de periodista, carece del necesario reposo para analizar todos los ángulos y, en ocasiones, incluso para contrastar todas las fuentes.

Decíamos hace un momento que los historiadores que quieran investigar la Guerra de Ifni consultando los periódicos de la época lo van a tener difícil porque la censura franquista apenas dejó informar sobre el tema. Pero los historiadores que en el futuro quieran investigar sucesos actuales basándose en la prensa de hoy también lo van a tener difícil en muchos casos y no por la censura, sino por otro factor que dificulta el que podamos considerar a los periódicos actuales como fuente de investigación futura. Nos referimos a algo que vamos a denominar “condicionante ideológico” y que hace que cada medio vea los hechos bajo el prisma de las ideas que defiende.

De todos es sabido que cada medio tiene una ideología determinada, en unos casos más acentuada que en otros, y que ello influye en la concepción que tengan de la vida en general y de los temas de cada día en particular. Esto es perfectamente legítimo e incluso deseable, pues un medio no es sólo un canal por el que se transmite información, sino que es algo vivo con derecho a interpretar y a opinar sobre esa realidad. Los lectores, los oyentes de radio o los telespectadores no buscan en su medio sólo información; consciente o inconscientemente buscan también otra serie de cosas como complicidad, orientación o entretenimiento.

Ahora bien, el carácter de elemento vivo de un medio no le da derecho a que su tendencia ideológica, lo que en lenguaje periodístico denominaríamos línea editorial, influya de tal manera en la presentación de la realidad que acabe por deformar totalmente ésta. Y lo que es peor, de forma interesada. En primer lugar, porque esa expresión de su línea editorial ha de hacerse en el espacio natural en el que tradicionalmente se ha expresado: en las páginas de opinión o en los textos claramente identificados para ello. Y en segundo, porque aunque la línea editorial puede influir también en los contenidos puramente informativos del medio, esta influencia tampoco puede llegar a deformar la realidad.

Por decirlo con un ejemplo conocido por todos: El diario *El País* se opone al boxeo y *ABC* tiene un carácter marcadamente monárquico. Esto les da derecho, al

primero a no informar sobre ese deporte, y al segundo a destacar cuanto estime necesario la información relativa a la Corona. Pero a lo que no les daría derecho sería a “inflar” los accidentes debidos al boxeo, en el caso de *El País*, o a ocultar hipotéticos asuntos turbios relacionados con la institución monárquica, en el caso de *ABC*.

Veamos otro ejemplo, también conocido por todos y al que ya nos hemos referido brevemente antes. En él se aprecia perfectamente este sesgo ideológico de los medios. Nos referimos al GAL, el caso que seguramente más ríos de tinta ha hecho correr en los últimos años en la prensa española. Un historiador que en el futuro quisiera estudiar este caso basándose en la información suministrada por los diarios se encontrará un panorama que no puede producirle, por lo menos en un primer momento, sino perplejidad.

Tomemos para nuestro ejemplo dos de los principales periódicos de ámbito nacional y de información general que se publican en España, como son *El País* y *El Mundo*. El 26 de mayo de este año, a propósito de la sesión inaugural del juicio por el secuestro de Segundo Marey, la primera acción reivindicada por los GAL, *El País* publicó el siguiente titular en su portada: “Michel Domínguez declara que Cascos le prometió el indulto y que Aznar lo sabía”. El mismo día *El Mundo* decía, también en portada: “Amedo acusa ante el Supremo: Vera y Barrionuevo dirigieron el secuestro”.

Ambos periódicos dan sus noticias en portada, como hemos dicho. Ambos le dan un gran espacio, en portada y en páginas interiores, como no podía ser menos dada la importancia del tema. Pero ahí acaban las semejanzas. Nuestro historiador, leyendo ambos titulares, seguramente sacará como conclusión que ese día en Madrid se celebraron dos juicios distintos. Lo cual no tiene nada de particular, pues ocurre todos los días. Ahora bien, lo que no ocurre todos los días es que esos dos juicios sean considerados, cada uno por un periódico, como el asunto más importante de ese día. En temas trascendentes la unanimidad de los periódicos a la hora de elegir sus temas de portada suele ser total, como no podría ser de otra forma, pues cuando el tema es realmente importante lo es para todos, independientemente del sesgo que luego se le dé al tratar la información.

Nuestro historiador, decíamos, se mostrará perplejo ante el hecho insólito de que el mismo día se celebren en Madrid dos juicios, ambos con una importancia capital. Pero su perplejidad irá en aumento cuando compruebe, por las fotografías

de portada, que los acusados en ambos juicios son los mismos: un tal Vera y un tal Barrionuevo.

Para disipar sus dudas, nuestro historiador quizá decida acudir a otros periódicos. Supongamos que utiliza otros dos, también de información general y de ámbito nacional, como son *Diario 16* y *ABC*. Pero en vez de disipar sus dudas, lo que nuestro historiador encuentra hace que estas dudas aumenten. Estos dos últimos diarios reproducen, casi letra por letra, los titulares de *El País* y *El Mundo*. *Diario 16*, en la línea de *El País*, dice: “Domínguez asegura que Cascos le prometió el indulto”. Y *ABC*, en la de *El Mundo*, publica en su portada: “Amedo implica en los GAL a toda la cúpula de Interior del primer Gobierno González”.

Nuestro pobre investigador, en esos primeros segundos en los que tiene ante su mesa los cuatro periódicos desplegados, vuelve a tener la tentación inconsciente de considerar que ese día en Madrid hubo dos juicios. Pero no. Ahí vuelve a estar la foto, la misma foto para los cuatro diarios que nos muestra a Vera y a Barrionuevo en el banquillo. Una foto, llamémosla “oficial”, tomada por la agencia estatal Efe, seguramente el único medio de comunicación que ese día tuvo acceso a la sala donde se celebraba el juicio.

Todavía no recuperado de su asombro, nuestro historiador del siglo XXI se decidirá probablemente entonces por bucear en los textos de los cuatro diarios en busca de datos que arrojen luz sobre estos convulsos años finales del siglo XX en España. Supongamos que empieza leyendo *El País*. ¿Qué es lo que encontrará? Pues algo que, lejos de despejar sus dudas, vuelve a aumentar su perplejidad: Un tal Pedro J. Ramírez, de quien se dice que es director del periódico rival, *El Mundo*, no aparece en la información como periodista, es decir como alguien que cuenta la actualidad, sino como alguien que participa directamente en ella, que la provoca y que, en cierta forma, es protagonista de ella.

Textualmente, *El País* del 26 de mayo de 1998 dice en su portada: “Domínguez dijo que en una conversación con el director de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, éste le afirmó que el entonces jefe de la oposición, José María Aznar, estaba al corriente de la operación y que le apoyaba completamente”. Pero la información va más allá y habla de otra reunión en la que habrían participado el abogado de Domínguez junto con el vicepresidente primero del Gobierno, Alvarez Cascos y el citado Pedro J. Ramírez. En esta reunión, que se produjo cuando el Partido Popular esta-

ba todavía en la oposición, Cascos habría prometido el indulto para Domínguez cuando su partido llegara al Gobierno, si él y Amedo cambiaban su declaración para implicar a responsables socialistas.

Al llegar a este punto nuestro investigador quizá empiece a comprender algo que hoy nos resulta obvio: que *El País* está informando desde una perspectiva llamémosla “filosocialista” y que *El Mundo*, del que todavía sólo ha leído el titular, pero le basta, lo está haciendo desde una perspectiva más cercana a las posiciones del Partido Popular.

Sin embargo, la perplejidad no disminuirá, porque, afinidades políticas al margen, hay algo que seguirá sin comprender y es la presencia del director de *El Mundo* en la negociación de ese indulto para Amedo y Domínguez. De ella –pensará– Pedro J. Ramírez, habrá obtenido un doble beneficio: Por un lado el beneficio político, algo que atañe directamente a la Historia, y es ver en el Gobierno al partido al que ha apoyado; y por otro, el beneficio de una información privilegiada, algo que atañe claramente al Periodismo, y que es asistir a la actualidad desde dentro y por tanto poder informar de ella antes que nadie.

Esta información sobre el juicio por el secuestro de Segundo Marey nos hace dudar de la utilidad de la prensa como fuente de la Historia, al menos como fuente única. Sin embargo, hay otras informaciones, también recientes, en las que la prensa ha sido de una enorme utilidad para la Historia, hasta el punto que podríamos decir que en esos casos la Historia ha sido –o será– posible gracias a la prensa. La prensa, por decirlo así, habrá creado la Historia; o un aspecto de ella, al menos.

Sin salirnos del caso GAL, debemos recordar que fue un periodista quien destapó la trama. Ricardo Arqués, en *Diario 16*, a finales de los 80, fue el primero en publicar informaciones sobre el reclutamiento de mercenarios por parte de Amedo y Domínguez. Sin Arqués seguramente no hubiera habido caso GAL y en el futuro la Historia no lo hubiera podido reflejar. El período socialista habría pasado a la Historia sin todo lo referente al terrorismo de Estado y su imagen en el futuro habría sido, obviamente, muy distinta.

Se puede pensar que un historiador pasados unos años también podría haber descubierto el GAL. Sin duda, pero no habría sido el mismo caso. El protagonismo que obtuvo este asunto se debió, aparte de a su importancia intrínseca, a que sus prota-

gonistas estaban vivos e iban interviniendo en el relato, generando incluso el relato, en muchos casos. Por venganza, por miedo, por desconfianza, por encubrir o descubrir a alguien, por motivos económicos... el caso es que todos acabaron actuando, interviniendo en los contenidos de la información periodística. Esto sería impensable en una investigación histórica. Digamos que periodismo e Historia cuentan con dos herramientas comunes como son la investigación y la interpretación. Pero el periodismo, además, cuenta con una ventaja añadida, al poder introducir ese, llamémoslo, “derecho de réplica” de los interesados, un derecho que afecta, según se van publicando las informaciones, a la investigación y a la interpretación.

Pero esa ventaja no le aporta más méritos al periodismo. Salvo las primeras ya citadas de Arqués en *Diario 16*, el resto de la informaciones publicadas sobre los GAL, como hemos dicho al principio de esta intervención, no fueron fruto de una especial labor investigadora por parte del periodista. Una vez que el asunto quedó al descubierto, fueron las fuentes, siempre de forma interesada, las que suministraron la información a los medios, de forma que éstos ya no tuvieron que preocuparse en salir en busca de la noticia, sino tan sólo esperar tranquilamente a que ésta llegara.

Y aquí hemos de preguntarnos otra vez por la utilidad de la prensa en estos casos. Ahora ya no se trata, o no sólo, de lo que hemos denominado “condicionante ideológico”. Ahora existe también otro riesgo. Y es que esas informaciones suministradas interesadamente se publiquen sin haber sido contrastadas suficientemente. En el caso que nos ocupa, además, muchas de las grandes exclusivas se publicaron en forma de entrevista con los protagonistas, lo que aumenta el riesgo de desinformación, si las respuestas de esas entrevistas no son contrastadas con rigor.

Los medios no deben nunca eludir su responsabilidad de contrastar la información. Recordemos que en el Watergate, el caso clásico de periodismo de investigación al que también nos hemos referido, cualquier dato publicado debía llevar la confirmación de al menos tres fuentes distintas e independientes entre sí. Y esto debía ser así siempre. No olvidemos que estamos hablando de informaciones que tienen muchas veces una influencia decisiva en el curso de la Historia. Basta recordar los casos de Nixon y Felipe González y cómo en ambos la prensa fue el factor determinante en la caída de sus respectivos gobiernos.

Y esto debería ser así siempre porque sería una forma de dignificar el periodismo. La información bien hecha, con rigor y con honestidad sí debería servir en

principio como fuente de la Historia. El que nos hayamos acostumbrado a ciertas prácticas no puede nunca desligitimar el valor histórico de la prensa. La falta de rigor, desde luego, no puede nunca considerarse como algo consustancial a la prensa. En periodismo el rigor es tan importante como puede serlo en la Historia. Y el que haya periodismo sin rigor, como puede haber Historia sin rigor, no nos puede llevar al error de creer que se trata de una cualidad no exigible en ambas disciplinas.

Sin llegar a derrocar a un gobierno, hay otros muchos casos en los que los medios desempeñan un papel, más humilde si se quiere, pero decisivo para en el futuro poder reconstruir una época. Tomemos otro ejemplo clásico, el que históricamente ha sido considerado como el origen del reportaje moderno. La serie de textos que William Thomas Stead publicó sobre la prostitución en Londres, a finales del siglo XIX. Por primera vez en la Historia alguien se metía de lleno en la actualidad, pero no para contarla como se hacía hasta entonces en el periodismo de la época, como mera información, sino para recrearla, para llegar hasta el fondo en sus más nimios detalles, para vivirla desde dentro y publicarla al día siguiente, y así día tras día, sin descanso, hasta ver su denuncia completa, por encima de peligros, presiones y amenazas de todo tipo.

Qué duda cabe que aquellos reportajes publicados en Pall Mall Gazette han sido durante más de un siglo un documento inigualable para conocer la vida del Londres de finales del siglo pasado. La crudeza con que Stead contó el resultado de sus pesquisas fue tal que a él le costó la cárcel, pero a los demás nos dejó una forma de hacer periodismo que aún hoy no ha perdido ni un ápice de su vigencia. ¡Y faltaban casi cien años para que se empezara a hablar de periodismo de investigación!

Nos hemos referido antes brevemente al tremendo coste, personal por supuesto, pero también económico, que tiene el hoy conocido como periodismo de investigación. Indudablemente, es caro mantener a una persona, o a veces a un equipo, durante meses, persiguiendo un tema, sobre el que a lo mejor durante semanas no va a publicar ni una línea. En España apenas tres o cuatro diarios se pueden permitir el lujo de mantener de forma más o menos constante uno de estos equipos.

Y ello redundará claramente en la calidad de lo publicado y por tanto en su utilidad como fuente de la Historia. Como dice el gran periodista que fue, y que es, Gabriel García Márquez, un reportaje “es en realidad la reconstrucción minuciosa

y verídica del hecho”. En estas palabras, en la minuciosidad y en la verdad, seguramente radica la clave para que un texto pueda ser considerado como un soporte fiable en el futuro. Esta definición de García Márquez queda, por supuesto, alejada de ciertas prácticas comunes hoy en día. A algunas de ellas nos hemos referido ya. Pero hay más y quizá peores. Si empezábamos esta comunicación intentando definir qué era periodismo y quién era y quién no era periodista, vamos a acabarla añadiendo, a la luz de lo expuesto, dos palabras a lo dicho al principio.

Claramente no es periodismo, y nunca podrá ser considerado fuente de la Historia, esas prácticas que mencionábamos hace un momento y que tratarían de escudarse bajo la idea de que ante el espectáculo informativo todo vale. Lo que dicho con una célebre y cínica máxima sería: “No dejes que la realidad te estropee un buen reportaje”. Recientemente hemos presenciado dos casos notorios en los que la realidad, ciertamente, no ha “estropeado” el reportaje.

El primero de ellos se publicó en Estados Unidos, en la tierra del Watergate. Allí, uno de los últimos premios Pulitzer, un caso que conmocionó a la sociedad norteamericana a mediados de esta década, que la deslumbró por su aparente minuciosidad y verdad sobre la adicción a la heroína de un joven, se tradujo, poco después del premio, en uno de los mayores fraudes periodísticos de los últimos años, al descubrirse que todo había sido inventado, desde la primera hasta la última línea.

El segundo caso tuvo lugar en Alemania, en la tierra de Walraff. Allí se ha descubierto recientemente que los reportajes televisivos más descarnados sobre la violencia neonazi emitidos en los últimos años por diversas cadenas de televisión alemanas —muchos de los cuales tenían como víctimas precisamente a ciudadanos turcos— eran puros montajes, en los que a veces se cometía incluso la torpeza de no cambiar ni siquiera de víctima.

Pero ni aún en estos casos debemos perder la esperanza, porque a la prensa siempre le quedará el deber sagrado de la rectificación. Nos referimos, por supuesto, a la rectificación espontánea del propio medio, no a la obligada, impuesta por un juez, a causa de fraudes como los citados. Ninguna faceta de la vida, ni el Periodismo ni la Historia están totalmente a salvo de estos fraudes.

Recientemente hemos contemplado una de esas rectificaciones espontáneas que sin duda ennoblecen al periodismo al tiempo que influyen decisivamente en la Historia. Nos referimos a la de la cadena televisiva CNN y la revista Time sobre el gas sarín, presuntamente utilizado por el ejército norteamericano en Vietnam. Como se recordará, ambos medios informaron en junio de este año sobre esa práctica que, de haber sido cierta, habría empeorado la ya deteriorada imagen que los americanos dejaron en Vietnam. Pero después de una investigación interna de los propios medios, se llegó a la conclusión, no de que la información fuera falsa, sino de que no había las suficientes pruebas para pensar lo contrario. Todos, por el bien del presente y del futuro, deberíamos aprender de prácticas como éstas.